

Capítulo LXVI.

Los fugitivos.

Dejamos á los prisioneros de Nazatcotlan don Lope Barbadillo, Francisco de Garay, Catalina y Litzajaya á bordo del navío en que fué la india objeto de tantas demostraciones de agradecimiento, por haber salvado á los tres españoles de su cautiverio.

Emprendieron su expedicion costeando hácia el Sur, y cuando llegaron á Zempoala desembarcaron Barbadillo, Catalina y Litzajaya.

Esta se presentó al capitan de las fuerzas que allí habia.

—Espero me dispensareis vuestra proteccion,—dijo,—para llegar al término de mi viaje. Necesito dar cuenta á Hernan Cortés de una mision secreta que me

ha confiado, y espero que dictareis las órdenes oportunas para que cuanto antes me conduzcan á Méjico, y al soldado que me acompaña. Un capitan español, que tambien viene á bordo, ignora la mision que tengo que cumplir; podria contrariar los planes del caudillo de los extranjeros que la conociera, y por lo tanto, para evitar sospechas y que yo pueda realizar mis designios, creo que lo más oportuno es que finjais que me prendéis y que me enviáis á presencia de Hernan Cortés.

Baltasar Gamboa, que era el capitan con quien hablaba la india, obtuvo de él que la secundase en sus planes, y acto continuo envió á decir á Barbadillo que no podia consentir en darle entrada en Zempoala, á no ser que trajese una orden de Hernan Cortés; y le mandaba que se presentase ante él, porque deseaba conocer los propósitos que abrigaba.

Don Lope Barbadillo adivinó en aquel mandato algun misterio, y deseando descifrarle, acudió al llamamiento del capitan Gamboa.

Una vez en su presencia, simpatizó desde luego con él, hablaron largamente de la situacion ventajosa en que se hallaba la conquista, y don Baltasar admiraba cada vez más los dotes personales que adornaban á don Lope y los profundos conocimientos que tenia del país y del carácter de los indios.

Cuando ya iba á darse á la vela el navío que debia conducir á Litzajaya y Catalina á Méjico, la esposa de Cortés, que no queria ser ingrata á los beneficios que le habia dispensado don Lope desde el mo-

mento que la conoció, le confió el pretexto de que se habian salido para inclinar en su favor al jefe de las fuerzas de Zempoala.

Barbadillo manifestó su deseo de acompañarlas, y el capitán, que como hemos dicho antes, simpatizaba con el bueno de don Lope, accedió á sus deseos.

Los expedicionarios se despidieron de Garay.

La entrevista fué en extremo conmovedora.

—¡Qué Dios os dé buena suerte, Catalina!—dijo Francisco de Garay.—Vos al ménos os aproximais al término de vuestros deseos, y quién sabe si vuestros sufrimientos, si el interés que manifestais hácia vuestro esposo al dar este paso, os abrirá de nuevo sus brazos, os devolverá la felicidad que tan digna sois de disfrutar.

—¡Ah! Dios oiga vuestras súplicas; pero temo que vuestros nobles deseos no se realicen. Ansio que llegue el momento de presentarme ante mi esposo, y al mismo tiempo temo, porque aunque la duda me mata, aun conserva alguna esperanza mi corazón. Por otra parte, aunque me creo con fuerzas bastantes para realizar mi venganza, tal vez la presencia de esa mujer que me roba el cariño que me pertenece anade mis fuerzas, y muera sin conseguir el objeto que me ha impulsado á emprender un viaje que tantas lágrimas, tanta desesperacion me ha causado.

—Vos tambien, amigo don Lope,—continuó Garay,—vais á volver en breve al lado de Hernan Cor-

tés y á disfrutar á su lado de la consideracion que merecen vuestro talento y los nobles sentimientos que alberga vuestra alma. Yo en cambio no sé la suerte que me está reservada, y en la situacion en que me encuentro no sé el partido que me será más conveniente adoptar.

—Yo creo, mi buen amigo, que lo mejor que podeis hacer es seguir costeando, y no presentaros á Hernan Cortés hasta tener una seguridad de que os dé una parte en los beneficios que le proporcionen sus conquistas, en cambio de los refuerzos que le llevais.

Francisco de Garay agradeció el consejo de Barbadillo, y dirigiéndose despues á Litzajaya:

—Jamás olvidaré,—le dijo,—que sin vuestro auxilio nos hubiera sido muy difícil evadirnos de la prision en que yacíamos. Cualquiera que sea mi situacion, cualquiera la suerte que me depare la Providencia, siempre recordaré la gratitud que os debo, y en todas ocasiones podreis acudir á mí, en la seguridad de que me apresuraré á complaceros.

La conversacion fué interrumpida por el cañonazo de leva.

Despidiéronse Catalina, Litzajaya y Barbadillo de Francisco de Garay, y un momento despues se daban á la vela con direccion á Méjico.

Durante el camino, Catalina y Litzajaya desahogaron su pecho, refiriéndose los más pequeños detalles acerca de los motivos que justificaban el paso que iban á dar.

El dolor las identificaban.

Con mucha frecuencia confundian sus suspiros y sus lágrimas.

Catalina hablaba con verdadera sinceridad á Litzajaya.

La india, más astuta que su interlocutora, escondía en el fondo de su alma los proyectos que abrigaba para el momento en que ya se hubiera vengado de Velazquez de Leon.

—¡Oh! Yo juro á esos miserables españoles, —se decía algunos momentos en que aparecía pensativa, — que si los dioses me ayudan, he de hacerles pagar muy cara la desesperacion en que me encuentro. Yo confío en hallar una ocasion en que poder demostrar á los mejicanos que no merezco que me haya arrebatado la corona el ambicioso Nazatcotlan, y si yo consigo ponerlos de mi parte, si por mi valor me hago digna de que me devuelvan el prestigio de otros dias, juro por la sombra de Mauthael que no ha de quedar vivo ni uno sólo de esos extranjeros.

Catalina, agobiada por el dolor, no notaba en la fisonomía de Litzajaya la emocion que experimentaba cuando estos pensamientos ocupaban su imaginacion.

Continuaron su viaje, y llegaron á Méjico precisamente en el momento en que los españoles abandonaban la ciudad imperial.

Por esta razon, y á favor de la oscuridad de la noche, pudieron mezclarse con los españoles y realizar los proyectos que abrigaban.

¿Qué habia sido de Litzajaya despues del combate?

Pronto lo sabremos.

Acompañemos á los españoles en su retirada, y veamos cuáles fueron los resultados de la sangrienta batalla que habia tenido lugar.

Capítulo LXVII.

Honras fúnebres.

Hernán Cortés mandó hacer alto á su ejército cerca de Tacuba apenas amaneció, dejando en las cercanías de la laguna á unos cuantos soldados al mando de Alvarado para proteger la salida de algunos españoles y tlascaltecas, que permanecían ocultos en los maizales que habia junto á sus orillas.

Cuando se reunieron con la division, mando formar á todo su ejército para ver las bajas que habia sufrido.

En la refriega habian perecido más de doscientos españoles, mil trescientos tlascaltecas, cuarenta y seis caballos y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer á sus compañeros, habian perecido á sus manos.

HERNAN CORTÉS.

461

Mucho sintió el ilustre caudillo las pérdidas sufridas.

No pudo consolarse de que en el número de las víctimas se encontrasen Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo.

No sabia á qué atribuir la desesperacion de Velazquez de Leon, á quien apreciaba muchísimo, no solo por las pruebas de valor y pericia que habia dado, sino por que al abandonar á su pariente don Diego de Velazquez y pasarse al bando de Hernán Cortés, habia demostrado que la razon y la justicia estaban de parte de este.

Al preguntar por Botello, el fingido astrólogo, supo tambien que habia desaparecido, é igual contestacion obtuvo respecto á los hijos de Motezuma, si bien averiguó más tarde que el llamado Juan habia muerto á manos de los mejicanos.

En medio de la afliccion que tantos desastres producía en el caudillo y en sus tropas, sirvió de gran consuelo el que Marina y Jerónimo de Aguilar hubieran podido escapar con vida, porque sin ellos les hubiera sido imposible entenderse en los países que se prometia recorrer.

La Providencia, que como hemos dicho en el curso de esta verídica historia, no desamparaba á Cortés en los momentos más críticos, le proporcionó con la muerte del hijo de Motezuma una tregua para que pudiesen reposar los soldados de las fatigas de la guerra.

Comenzaron los indios, apenas amaneció, á regis-

trar los cadáveres, y reconocieron entre ellos al hijo de su desgraciado monarca.

Aterrados en presencia de aquel espectáculo, se alejaron á dar cuenta de lo que ocurría, y Guatimozin dió entonces órden para que cesase el combate y comenzase la ceremonia de los llantos y clamores fúnebres que debía preceder á las exequias, hasta que llegasen los sacerdotes á entregarse del cadáver.

»Las ceremonias de las exequias, dice una inspirada poetisa (1) en uno de sus preciosos libros, se limitaban á depositar los parientes algunas joyas y el retrato del finado en el sepulcro que le estaba destinado.

»En seguida los teopixques llevaban el cadáver á la pira, y lo quemaban con muchos aromas.

»Recogían las cenizas en una copa de plata ú oro, y la colocaban en la tumba, que cerraban despues al compás de un canto fúnebre, en el cual imploraban al sol y á la luna para que alumbrase siempre con serena luz el solitario campo de los muertos.

»Tambien se enterraban algunas veces, en los últimos tiempos del imperio, cadáveres enteros, que colocaban sentados, cubiertos de sus mejores galas; pero era más general la costumbre de quemarlos.»

Mucho entristeció á Cortés la muerte del hijo de Motezuma, porque le recordaba al desgraciado monarca que tantas pruebas de su amistad le habia dado; pero recobrando el valor y la energía que tan ne-

(1) Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

cesarios le eran en aquellos momentos, prosiguió su vuelta hácia Tlascala antes de que los enemigos volvieran á caer sobre ellos.

No dejaron de hallar en el camino algunos mejicanos; pero como era escaso su número y se mantenian á una respetuosa distancia, no dieron importancia á su presencia.

Pero cuando terminaron las exequias del hijo de Motezuma se fueron aproximando á ellos en número tan considerable, y acometieron con tanta resolución, que fué necesario hacer alto para detenerlos.

Formó en ala su ejército, colocó en las avanzadas á los arcabuceros y ballesteros, y comenzó la batalla en campo abierto.

Morian cuantos indios se acercaban.

Pero no por eso escarmentaban los demás.

Las cargas de caballería ahuyentaban á los enemigos; pero á una prudente distancia se rehacian, y con las hondas y los arcos arrojaban piedras y flechas sobre sus contrarios.

Cansábanse los españoles de tanto resistir sin esperanza de vencer, y ya empezaba á menguarse su valor, cuando Hernan Cortés, que peleaba como el último de sus soldados, sin descuidar por eso las graves atenciones que sobre él pesaban, descubrió una elevación del terreno, poco distante del camino que dominaba á aquel vasto territorio, sobre cuya cumbre se levantaba un edificio torreado, que se asemejaba á una fortaleza.

Resolvióse á tomar aquella altura, y lo consiguió,

aunque no sin una tenaz resistencia por parte de los mejicanos.

Era un adoratorio en donde se veneraba al dios Huitbilichilopik, á cuya invocacion encomendaban los indígenas la fertilidad de su cosecha.

Los teopixques le habian abandonado al estallar la guerra, y al llegar los españoles estaba completamente desierto.

Tenia el átrio bastante capacidad, y su muralla, unida con las torres, formaba un buen punto de defensa para las tropas de Cortés.

Los españoles, agradecidos á la Providencia, que tan oportunamente les deparaba aquel asilo, construyeron despues en el mismo sitio una ermita, á la que dieron el nombre de Nuestra Señora de los Remedios.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto.

Pero se acercaron á tiro de piedra, y rodearon por todas partes la eminencia, haciendo algunos disparos, aunque sin éxito, porque sus flechas iban á embotarse en la muralla que resguardaba á los extranjeros.

Por fin, al declinar el dia, rindiendo culto á su costumbre, y tambien por hallarse fatigados, tomaron el camino que conducia á la ciudad.

Cortés descubrió desde los torreones que al alejarse se detenian como para deliberar acerca de lo que debian hacer, y al verles que se repartian por diferentes puntos, adivinó que intentaban algun nuevo asalto.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento con las precauciones que aconsejaban las circunstancias, mandó que se relevasen con mucha frecuencia las guardias y los centinelas, para que todos disfrutasen del descanso que tanto necesitaban, é inmediatamente mandó recoger las flechas que habia en los alrededores de la fortaleza para quemarlas, evitando que pudieran servirse de ellas los enemigos cuando abandonasen los españoles aquel punto.

Despues de descansar breves horas el ejército, llamó á sus capitanes para ponerse de acuerdo en lo que deberian hacer, y todos convinieron en proseguir la marcha.

Volvamos nuestros ojos á Litzajaya.